

lamente que el novelista, que generalizaba siempre muy de prisa, no había comprendido que el admirador en Florent estaba injerto en un amigo digno de ser pintado por La Fontaine ó por Balzac, los dos poetas de la amistad, el uno en su sublime y trágico *Cousin Pons*, el otro en aquella corta pero divina fábula donde se encuentra este verso, uno de los más tiernos de la lengua:

«Vous m'êtes, en dormant, un peu triste apparu....»

Florent no amaba á Lincoln porque le admiraba; le admiraba porque le amaba. No era justo al considerar á Lincoln como uno de los mejores pintores desde treinta años ha; pero si aquél no hubiese tenido ni la elegancia de su dibujo, ni la fuerza del colorido, ni la finura ingeniosa de su imaginación, el otro no hubiese puesto menos ardor al servicio del trabajo y de la gloria del artista. Cuando Lincoln había querido viajar, había encontrado en su hermano el más diligente de los corredores; cuando necesitaba de un modelo, no tenía más que pronunciar una palabra y Florent iba á buscarle. ¿Exponía Lincoln en París ó en Londres? Florent se encargaba en todos los pasos y embalajes precisos, viendo á los periodistas y los mercaderes de cuadros, hasta escribiendo las cartas de agradecimiento por los artículos, con una letra tan parecida á la del pintor, que este último no tenía más que firmar.

Lincoln había deseado volver á Roma.

Florent habilitó la casa de la calle Leopardi, haciendo la instalación antes que Maitland, entonces en Egipto, hubiese concluido un gran estudio comenzado en el momento de la partida del otro.

Florent, á fuerza de afecto, había llegado á comprender la pintura como el pintor mismo.

Esto lo dirá todo para los que han frecuentado de cerca el trato de los artistas y sabe qué distancia los separa del aficionado.

Este puede juzgar y sentir.

El artista sólo y quien ha manejado el pincel, sabe ante un cuadro cómo está hecho, la razón de las pinceladas, en fin, la trituración de la materia por el obrero; esto es bastante para que la opinión del más ingenioso aficionado sea nula á sus ojos.

Florent había visto tantas veces trabajar á Maitland, le había prestado tantos pequeños servicios efectivos en el taller, que cada uno de los cuadros de su hermano estaba vivo para él.

Cuando los veía en los muros de las galerías, le recordaban una intimidad que era á la vez su más grande alegría y su mayor orgullo.

En fin, la absorción de su personalidad en la de su antiguo camarada era tan total, que le había llevado á la anomalía que el mismo Dorsenne encontraba casi monstruosa, á pesar de su indulgencia por las singularidades psicológicas. Florent era cuñado de Maitland, y parecía encontrar natural que éste tuviese aventuras fuera de su matrimonio, si las emociones de estas aventuras debían ser útiles á su talento.

Tal vez este largo, y, sin embargo, incompleto análisis, permitirá comprender mejor qué emociones agitaban al joven mientras subía la escalera de su casa—suya y de Lincoln—después de su inesperada disputa con Boleslas Gorka.

Por lo menos atenuará la severidad de las concien-

cias sencillas. El primer efecto de toda pasión intensa es debilitar en torno suyo el vigor de otros instintos.

Chaprón era un amigo demasiado fanático para ser un buen hermano. Le parecía muy sencillo y legítimo que su hermana estuviese al servicio del genio de Lincoln como él mismo lo estaba; y, por otra parte, no sospechaba que desde el matrimonio con su amigo, aquella hermana había sido agitada por la tempestad de una tragedia moral.

¿Cómo había de conocer á Lidia, á aquella mujer silenciosa y reconcentrada sobre la que se había formado una opinión para siempre, como es uso casi constante de pariente á pariente? Los que nos han conocido jóvenes, son como los que nos ven diariamente. La imagen que de nosotros hacen, reproduce siempre lo que fuimos en determinado momento, casi nunca lo que en realidad somos.

Florent consideraba á su hermana como muy buena, porque así la había juzgado en otra época; como muy dulce, porque nunca se había puesto frente á él; como poco inteligente, porque no parecía interesarse lo bastante en el trabajo del pintor; como muy vanidosa, en fin.

En cuanto al martirio y á la rebelión ocultos en aquella criatura oprimida, pulverizada entre la ciega parcialidad de su hermano y el egoísmo de un marido despreciable, él no sospechaba nada, y menos de las resoluciones terribles, de las que bajo aquella aparente resignación era capaz.

Si Florent tuvo miedo cuando la señora Steno había comenzado á interesar á Lincoln, fué únicamente por lo que al trabajo de este último se refería, y más por-

que desde hacía un año en aquél se revelaba, no una decadencia, pero sí una turbación en la pintura del artista, demasiado voluntaria para no ser desigual.

No hay nada tan constante en nosotros como lo que se realiza por instinto y con entera inconsciencia.

Después Florent había visto, por el contrario, que el numen de Maitland se animaba al calor de aquella intriga. El retrato de Alba se anunciaba como un magnífico estudio, digno de ser colocado junto á la famosa *Mujer en violeta y amarillo* que los envidiosos de Lincoln recordaban siempre.

Por otra parte, el pintor había acabado con alegría sin igual dos grandes cuadros medio abandonados.

Ante esta evidencia de una fiebre de producción más activa cada vez, ¿no había Florent de bendecir á la señora Steno en lugar de maldecirla, sobre todo, cuando bastaba con que cerrase los ojos y fingiese que nada sabía, para que su conciencia estuviera tranquila en lo que se refería á su hermana?

Lo sabía todo, sin embargo.

La prueba de ello estaba en el estremecimiento de su ser cuando Dorsenne le anunció la llegada clandestina á Roma del otro amante de la señora Steno, y una prueba más cierta todavía en el arranque que le había precipitado ante Boleslas, en disposición de parlamentar con el criado.

Encontrábase ahora con que era el que había aceptado el duelo que un rival exasperado había sin duda querido proponer á su querido Lincoln, y no pensaba más que en este último.

—Es preciso que él no sepa nada hasta después. Sin esto, querría tomar para sí el asunto, y yo tengo la pro-

babilidad de matar á Gorka, de herirle al menos. En todo caso, yo me las compondré para que se haga imposible un segundo duelo con ese loco. Pero primero asegurémonos que no hemos hablado tan fuerte para que las voces de ese perillán se hayan oído arriba.



En estos términos calificaba, con la mejor buena fe, á su adversario del siguiente día. Un poco más, y hu-

biera juzgado imperdonable en Gorka que no agradeciese á Lincoln el que éste le hiciera el gran honor de sucederle en el amor de la Condesa. Entretanto, se trataba de lanzar una mirada al estudio. Cuando aquel amigo devoto hasta la complicidad, pero también hasta el heroísmo, entró en la vasta pieza, pudo notar, á la primera ojeada, que había calumniado la voz del celoso, y que nada se había oído en aquel apacible asilo del trabajo. El estudio del pintor americano estaba amueblado con la suntuosidad armoniosa que los verdaderos artistas, una vez ricos, saben desplegar en torno de ellos. El gran trozo de cielo visto al través de la ventana, cubierta de cristales, aclaraba un rincón verdaderamente romano—de la Roma de hoy—que atestigua un esfuerzo hacia una ciudad nueva al lado de la antigua. Se distinguía un ángulo de antiguo jardín evidentemente mutilado por una construcción reciente, y el fragmento de un edificio antiguo, con un campanario de iglesia un poco más allá. Sobre este fondo azul de verdura y de ruina, en un horizonte más lejano, pero compuesto de los mismos elementos, debía destacarse el perfil de la joven, dibujado con el estilo severo de aquel *Pier della Francesca*, que desde hacía seis meses preocupaba á Maitland hasta la obsesión. Todos los grandes productores de una originalidad más compositiva que genial, tienen esos entusiasmos, gracias á los que renuevan su punto de vista y su estilo mismo. Maitland estaba ante su caballete vestido con la elegancia correcta que es el sello constante de los anglosajones. Con sus zapatos charolados, sus finos calcetines negros punteados de rojo, su chaqueta de seda, la perla de su corbata clara y la limpieza de su camisa, tenía el aire de un *gentleman*.

aplicado á su labor de aficionado, y no el de un paciente y laborioso obrero del arte, como realmente era. Pero sus lienzos y estudios colgados de todas partes, entre los tapices, las armas y los libros, recordaban esa paciente labor. Era la historia de una energía encarnizada para la adquisición de una personalidad, que siempre huía. Maitland manifestaba en sumo grado ese rasgo común á casi todos los hombres de su país llegados á Europa, ese íntimo deseo de no hacer mal papel en la civilización, que se explica por el hecho de que el americano es un ser dotado de una actividad incomparable y desprovisto de tradición. No ha nacido cultivado, maduro, ya pulido virtualmente, si se puede decir, como un niño del viejo mundo. Se tiene que crear á sí mismo, en todas sus partes, á fuerza de voluntad. Con dones superiores, pero físicos, Maitland era un *self made man* del arte, como su abuelo había sido un *self made man* del dinero, y su padre un *self made man* de la guerra. Había tenido en su mano y en sus ojos los maravillosos útiles de pintura, y en su perseverancia un útil más maravilloso aún. Debía siempre de faltarle ese no sé qué de local que da á ciertos pintores muy inferiores la superioridad del sabor de la tierra. No se puede decir que no tuviera inventiva y novedad; y, sin embargo, en cualquiera de sus cuadros se advertía que era un ser de cultura y de adquisición. Los estudios esparcidos por el taller, indicaban, primero, la influencia de su primer maestro, del sólido y sencillo Bonnat. Después había sido tentado por los prerrafaelistas ingleses, y una hermosa copia del famoso *Canto de Amor*, de Burne Jones, atestiguaba la reacción á un arte más sutil, más penetrado de esa poesía que los pintores de profesión.

tratan desdeñosamente de literaria. Pero Lincoln era demasiado vigoroso para sujetarse á las languideces de semejante ideal, y bien pronto había tomado otros maestros.

La España le había conquistado, y con especialidad Velásquez, ese colorista de una fantasía tan particular, que después de una visita al Museo del Prado, se lleva la impresión de que se acaba de ver la única pintura digna de este nombre. El fuego del gran español, aquellas pinceladas despóticas y que parecen poner el color en el fondo del cuadro para hacerle resaltar en detalles casi sólidos, su ausencia absoluta de intención abstracta y la novedad que afecta ignorar enteramente el pasado, todo lo contenido en aquella fórmula del arte convenía al temperamento de Maitland. Obedeciendo á estos principios, había pintado su obra maestra, aquella *Mujer en violeta y amarillo*, de la que una copia reducida hecha por él mismo veíase en su estudio. Pero no se detuvo aquí. La Italia le había entusiasmado, y los florentinos, los más opuestos á Velásquez, esos pintores con mezcla de escultores y que confinan con los artifices; los Pollajuoli, Andrea del Castagno, Paolo Uccello, y últimamente Pier della Francesca. Tal vez el éxito del delicado y fuerte John Sargent, el único de los rivales de Maitland al que éste temía verdaderamente, había exasperado en él el deseo de renovar su estilo. Jamás se hubiera creído que la misma mano que había pintado con pinceladas tan valientes la *Mujer en violeta*, fuera también la que dibujaba el retrato de Alba, con dibujo severo, casi rígido. En el instante en que Florent entró en el taller, este trabajo absorbía de tan completo modo la atención del pintor, que no oyó

abrirse la puerta, como tampoco la señora Steno, que fumaba un cigarrillo, acostada perezosamente en el diván, y muy feliz, con sus ojos medio cerrados fijos en el hombre á quien amaba. Lincoln adivinó que alguien llegaba, por el cambio de la fisonomía de Alba. ¡Dios mío! ¡qué pálida estaba aquella mañana, sentada con la inmovilidad del modelo en un gran sillón heráldico esculpido, con las manos como crispadas en los brazos del mismo, la boca llena de amargura, los ojos profundos y fijos! No podía saber que su destino se aproximaba con la entrada de Florent, el cual, como había salido del estudio poco antes, justificó su vuelta con un pretexto.

— Soy yo que vuelvo—dijo;—se me olvidó preguntarte si quieres definitivamente comprar los tres dibujos de Ardea al precio en que los ofrece.

—¿Por qué no me lo ha dicho usted ayer?— interrumpió la Condesa.—Esta mañana he vuelto á ver á Pepino. Yo hubiera sabido el último precio.

—No faltaría más—respondió Maitland riendo.—Le advierto á usted que él no confiesa poseer esos dibujos. Forman parte de los objetos que ha sustraído cuidadosamente del inventario de sus acreedores, y depositado en varios sitios. Podemos esperar que durante diez años todos los *cockneys* de mi país sean engañados con esta frase fatídica: Esto proviene del palacio Castagna. Lo tengo por casualidad.—Y guiñó el ojo imitando á uno de los más célebres mercaderes de Roma, con ese incomparable don de imitación que distingue á todos los habituados á los estudios de París.—Por el momento—añadió,—esos tres dibujos están en casa de un revendedor del Babuino y son auténticos.

—Salvo que se les da por de Vinci—dijo Florent,—y



Leonardo era zurdo y sus líneas están trazadas de izquierda á derecha.

—¿Y cree usted que Ardea no se explayará conmigo?—dijo la Condesa.

—Tampoco—dijo el pintor.—Ha tenido el descaro, como yo los mencionase ante él, de pedirme las señas para ir á verlos.

—Pero entonces, ¿cómo sabé usted de dónde provienen?—preguntó la señora Steno.

—Diríjase usted á éste—dijo el pintor señalando á Florent con el pincel.—Cuando se trata de enriquecer la colección de su viejo Maitland, se hace más mercader que los mismos mercaderes. Vinci ó no Vinci, el estilo es el puro lombardo. Cómprales. Me faltan.

—Así se hará—respondió Florent.—Condesa.... Condesita.....

Y saludó á la señora Steno y á su hija. La madre le dirigió una amistosa sonrisa. No era de esas queridas para quienes los íntimos amigos de su amante son siempre enemigos. Ella les envolvía, al contrario, en la feliz simpatía que el amor despertaba en su alma. Y, por otra parte, era muy astuta para no comprender que Florent, por inverosímil que esta complacencia fuera, aprobaba su amor. En desquite, la intensa aversión que Alba sentía en aquel momento por las intrigas que en su madre sospechaba, fué reflejada en la sequedad con que inclinó la cabeza, cosa que el joven no pareció notar. Era muy feliz con haber comprendido que la disputa no había sido oída.

—De aquí á mañana—pensó, volviendo á bajar la escalera—nadie prevendrá á Lincoln. Esta compra de los dibujos es una idea genial para demostrar mi tranquilidad. Ahora es preciso encontrar dos testigos discretos.

Florent era un hombre reflexivo que conservaba su presencia de espíritu cuando no se trataba de su exaltada amistad por su cuñado. Tenía esa fuerza de observación habitual en las personas cuyo amor propio, fácilmente herido, ha tenido que guardarse mucho. Dejó, pues, para después aquella busca difícil y fué á almorzar, como si nada hubiera sucedido, al restaurant donde era aguardo. Ciertamente su anfitrión, un diplomático francés instalado en Munich y de paso en Roma, no sospechaba, al responder á las preguntas de su invitado sobre los más recientes retratos de Lembach, que aquel joven tan tranquilo, tan sonriente, estuviese metido en un asunto tal vez mortal. Después del almuerzo y de haber mentalmente pasado revista á unos diez de sus conocidos, Florent resolvió intentar su primer paso cerca de Dorsenne. Se acordó del misterioso aviso que le había dado el novelista, cuya simpatía por Maitland había sido, además, demostrada públicamente en un elocuente artículo. Por otra parte, Florent le creía perdidamente enamorado de Alba Steno; lo que significaba una probabilidad más á favor de su discreción. Dorsenne no hablaría de un lance con motivo del cual, de ser sabido, el nombre de la Condesa se pronunciaría inevitablemente. Era muy claro que Gorka y Chaprón no tenían razón alguna directa para disputar y para batirse. Todos estos motivos hicieron que á eso de las dos y media, es decir, tres horas después del altercado del vestíbulo, Florent llamase á la puerta del cuarto habitado por Julián. Este último estaba en su casa ocupado en las últimas correcciones de las pruebas de *Polvo de ideas*. La confidencia de Florent le agitó hasta el punto de que sus manos temblaban mien-